

LAS MUERTES POR ARMAS DE FUEGO EN EL SALVADOR: LA REPRODUCCIÓN DE UNA CULTURA DE VIOLENCIA

Juan Pablo Duhalde | Sociólogo Universidad Alberto Hurtado.

Resumen

La violencia es un problema complejo y multicausal que es parte de nuestra vida cotidiana, sus expresiones afectan a la sociedad en general y en sus variados efectos todos participan. América Latina arrastra un legado de violencia y muerte, donde las armas de fuego cumplen un rol preponderante. De todos los países del continente, El Salvador es uno de los ejemplos que de forma más clara ilustra esta situación. Día tras día, salvadoreños y salvadoreñas confrontan la cercanía de una muerte violenta, ya sea por causa de sus convicciones o como víctimas inocentes de una lucha cuyas consecuencias directas o indirectas nadie puede eludir.

El presente artículo analiza el fenómeno de la violencia por armas de fuego en El Salvador. Para esto, se analiza en una primera parte cómo es posible que en contextos de países que no se consideran de guerra, los índices de violencia y muertes por armas sean más elevados que en países en conflicto armado. En segundo lugar se analiza el fenómeno de la cultura de violencia existente en dicho país, a partir de su manifestación máxima: las muertes violentas a manos de armas de fuego.

Palabras claves: El Salvador – Violencia – Guerra civil – Armas de fuego.

Abstract

Violence is a complex multicausal problem that is part of our everyday life. Its expressions affect society in general and everyone is involved in its various effects. Latin America drags a bequest of violence and death in which firearms play a predominant role. Above all countries in the continent, El Salvador is one of the examples that illustrate this situation in a clearer way. Day after day, Salvadorans confront the proximity of a violent death.

This article analyzes the phenomenon of violence by firearms in El Salvador. In the first place we examine how it is possible that in contexts that are not considered of war, but neither of peace, the indicating factors of violence and deaths by weapons are higher than in those countries in armed conflict. Secondly, we analyze the phenomenon of culture of violence in this country taking on account its ultimate manifestation: violent deaths caused by firearms.

Keywords: El Salvador – Violence – Civil war – Firearms

1. Introducción

“Un conductor enardecido atacó a balazos un autobús de la ruta 113 y causó lesiones en dos personas que viajaban en la unidad. El hecho se habría derivado de supuestas disputas de tránsito entre el atacante y el motorista del bus” (“**Dos heridos en ataque de bus**”, *La Prensa Gráfica*, 25 de junio de 1999, p.16).

“Violencia social o delincuencia; sea cual sea, lo cierto es que desde el sábado hasta ayer se contabilizaron al menos 44 homicidios en todo el territorio nacional. La racha de violencia dispara las cifras, de por sí elevadas, de hechos de sangre; la mayoría de homicidios es cometida con armas de fuego y, al parecer, casi todos quedarán en la impunidad porque se desconoce a los autores y qué motivó las diferentes acciones de violencia” (“**Continúa imparable la racha de crímenes**”, *El Diario de Hoy*, 17 de mayo de 2006, p.9).

“Entre el sábado y domingo fueron asesinadas 19 personas en todo el país según los reportes oficiales de la Policía Nacional Civil. La primera víctima fue identificada como Joaquín Roque Mancía de 36 años, quien fue asesinado en la calle principal del cantón Planes de Las Delicias. Dos horas más tarde, en la colonia Las Glorietas, dos sujetos ametrallaron a varias personas que se encontraban en el interior de un billar”. (“**Asesinados 19 salvadoreños**”, *El Diario de Hoy*, 13 de julio de 2010, p.4).

Noticias como las anteriores llenan gran parte de las páginas de los diarios salvadoreños desde hace ya, varios años. Este tipo de noticias no sólo muestra las dimensiones de la violencia que aquejan al país, sino también la frecuente utilización de armas de fuego en la ejecución de los homicidios. De acuerdo con los informes de la Policía Nacional Civil, entre 1999 y 2009, en más del 76% de los homicidios cometidos se utilizaron armas.

El tema de la violencia en El Salvador es una de las preocu-

paciones principales que tiene la ciudadanía, las instituciones públicas y privadas, convirtiéndose en un importante obstáculo para el desarrollo humano. Como plantea el Informe sobre Desarrollo Humano para América Central 2009-2010: “las personas y las comunidades ven restringidas sus opciones reales de vida y de organización debido a las amenazas contra la seguridad física y psicológica, así como contra bienes públicos fundamentales” (PNUD, 2009).

Actualmente, los niveles de violencia armada existentes en El Salvador demandan respuestas nuevas. Ante esto, la invitación de este trabajo es a reflexionar en torno a este fenómeno teniendo en cuenta toda su complejidad, y sin perder de vista que la violencia por armas de fuego es la de mayor costo e impacto sobre la vida de las personas. Así, mediante este artículo se pretende responder la siguiente pregunta:

¿Por qué tras la firma de los Acuerdos de Paz en 1992 que dio por finalizada la guerra civil en El Salvador, las armas de fuego continúan siendo la principal herramienta para reproducir la violencia en la cultura salvadoreña?

En el caso de un contexto complejo como El Salvador, donde la violencia y las armas de fuego están expandidas sin control, es importante cuestionar e indagar más allá de lo simplemente visible para observar el fenómeno desde una perspectiva que de cuenta de los diversos factores que intervienen en el clima actual de violencia en el país centroamericano.

2. Centroamérica: un contexto de violencia

2.a. Historial de conflictos

A través de su historia, las sociedades latinoamericanas han vivido dictaduras y diversos conflictos sociales, acre-

centados por la violencia política desatada en el último cuarto del siglo XX. Sin embargo, pensar en El Salvador y su actual problema de violencia criminal, nos hace enfrentar una violencia diferente que produce perplejidad. No es lo mismo pensar el tema de la violencia en Chile, que presenta una tasa de homicidios de 1,9 por cada cien mil habitantes, que para El Salvador, donde la cifra se eleva a 71 por cada cien mil habitantes. La estadística presentada por Naciones Unidas es sumamente preocupante, dando cuenta de un grave problema a nivel nacional y ubicando a El Salvador como uno de los países más violentos a nivel latinoamericano, muy por sobre el promedio mundial (que es de 6,5 homicidios por cien mil habitantes según registros ONU).

Los países centroamericanos registran un historial de violencia, asociada a conflictos que enfrentaron a partidos políticos y que posteriormente desataron fuertes guerras civiles. Los países de la región que han sido afectados por los conflictos de guerras civiles en gran escala son Guatemala (1960 a 1996), El Salvador (1980 a 1992) y Nicaragua (1972 a 1991). Estos países experimentaron la violencia estatal, expresada en el uso incontrolado de la fuerza para mantener un orden ideologizado. Se debe destacar que también en sus raíces históricas han pasado por una violencia social que confrontó y confronta a individuos frente al Estado y a los patrones con los trabajadores (huelgas, marchas, toma de carreteras y edificios, etc.), fenómeno desencadenado por la concentración de riqueza en una clase de élite, además de una fuerte exclusión social, económica y política de grandes sectores de la población.

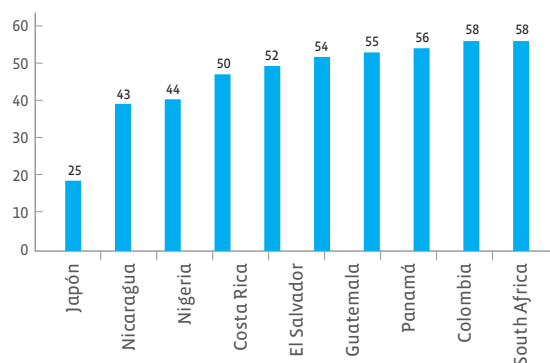
Los efectos y repercusiones de la violencia han sido profundos y se hacen latentes en la actualidad. En varios conflictos de la región se utilizaron estrategias terroristas, incluida la ejecución pública de civiles, secuestros, torturas y violaciones colectivas. El hecho de que una buena parte de la población presencié, experimentó o participó en esas brutalidades ha generado un orden generalizado de violencia: “la violencia puede convertirse en “algo normal” en

comunidades en la cuales mucha gente se vio expuesta a actos de crueldad, y puede aceptarse tácitamente como medio legítimo de solución de controversias” (UNODC, 2007:14).

2.b. Pobreza y desigualdad

Existen altos índices de pobreza en Centroamérica. Para aquellos países en los que hay información disponible, un gran porcentaje de la población vive con menos de dos dólares al día, incluyendo Guatemala (37%), Honduras (44%), El Salvador (58%) y Nicaragua (80%) (UNODC, 2007). Un indicador que tiene relación con los niveles de pobreza, es el grado de inequidad que existe en una sociedad. La inequidad en los ingresos se expresa comúnmente en la tabla conocida como índice Gini¹, en la que el cero representa un estado de equidad perfecta y el 100 un estado de inequidad perfecta. Basado en estas cifras, se puede decir que Centroamérica es una de las regiones más inequitativas en el mundo.

Cuadro I: Índice de Gini sobre la desigualdad del ingreso (0 significa igualdad, 100 significa desigualdad perfecta)



Fuente: Reporte sobre Desarrollo Humano 2006

- (1) Coeficiente de Gini: Mide el grado en que la distribución de los ingresos (o del consumo) entre individuos u hogares de un país se desvía con respecto a una distribución en condiciones de perfecta igualdad. El Coeficiente mide el área situada entre la curva de Lorenz y una línea hipotética de igualdad absoluta. El valor 0 representa la igualdad perfecta, y el 100, la desigualdad total.

A nivel mundial, sólo hay 18 países de los que se tiene información disponible dentro del Índice Gini de 52 o más. 7 se encuentran en África, 11 están en Latinoamérica, y 4 de ellos se encuentran en Centroamérica: El Salvador (52), Honduras (54), Guatemala (55) y Panamá (56). Por tanto, cuatro de los siete países de Centroamérica se encuentran dentro de los países más inequitativos en el mundo.

3. ¿Por qué pensar desde las armas de fuego?

El Salvador, con una extensión de 20.742 km² y una población de casi 6 millones de personas según el último censo del 2007, es el país más densamente poblado de América continental. Actualmente vive una compleja situación en donde los altos niveles de violencia, delincuencia e inseguridad, no sólo tienen repercusiones inmediatas y directas sobre la convivencia y la calidad de vida de las personas, sino que también constituyen un obstáculo para la consolidación de la gobernabilidad democrática que incide de forma negativa en el desarrollo del país.

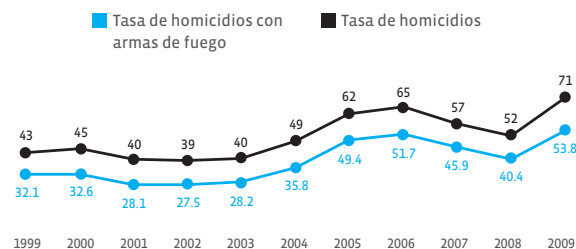
Tras años de guerra civil, la firma de los Acuerdos de Paz en 1992 produjo expectativas no sólo de tranquilidad, sino de una disminución notable de los niveles de violencia imperantes en la sociedad. No obstante, la paz no trajo consigo el fin de la violencia. Las tasas de homicidios tendieron a incrementarse en relación al período de guerra, de forma que el país alcanzó uno de los mayores niveles de violencia letal en América Latina y en el mundo (Cruz y González, 1997).

En los años 90' la tasa salvadoreña de homicidios era ya un indicador de la violencia endémica; si se toma en cuenta los parámetros de medición implantados por la Organización Mundial de la Salud (OMS), una tasa se considera como epidemia cuando supera los 10 homicidios por cada cien mil habitantes (Rattinoff, 1996). Efectivamente, según

un estudio realizado en 1997 (Cruz y González, 1997), El Salvador llegó a tener una tasa nacional de alrededor de 140 homicidios por cada cien mil habitantes entre los años 1994 y 1995.

Según datos actualizados hasta 2009, proporcionados por la Dirección de Logística del Ministerio de Defensa Nacional de El Salvador, se estima que en el país circulan entre 450.000 y 500.000 armas de fuego, en donde más del 60% son ilegales. Los homicidios con armas han representado durante el periodo 1999-2009 más del 76% del total. La participación de armas en los asesinatos descendió significativamente entre 1999 y 2003 (4.4 puntos), pero desde entonces (salvo un ligero descenso en 2008) los homicidios con armas de fuego han aumentado su participación relativa respecto al total. Probablemente, este dato vendría a indicar que a partir de 2003 las armas de fuego se han consolidado como la herramienta homicida en El Salvador.

Cuadro II: Tasa de homicidios total y tasa de homicidios con armas de fuego desde 1999 hasta 2009.



Fuente: Instituto Médico Legal y Policía Nacional Civil (2009)

El año 2009 acabó con un total de 4.382 muertes, lo que determinó una tasa de 71 homicidios por cada cien mil habitantes. La tasa de homicidios con armas de fuego para el mismo año fue de 53.8. Este indicador se ha mantenido constante a lo largo de los años, siguiendo una tendencia similar a la tasa de homicidios total; es decir, cuando au-

mentan los homicidios, aumenta también la participación de las armas en estos.

Estos datos revelan la importancia de centrar el análisis en las armas de fuego, debido principalmente a su capacidad natural para hacer daño sobre las personas. Las armas de fuego aumentan la posibilidad de víctimas mortales, ya que son más eficaces y contribuyen a que la violencia genere mayor daño, muerte y sufrimiento: “las armas de fuego son hechas exclusivamente para matar, y por eso su letalidad y eficacia son mucho mayores y las chances de supervivencia de la víctima, mucho menores” (Bandeira, 2006: 14).

Por otra parte, las armas de fuego poseen las siguientes características: son de fácil acceso, transporte, uso y pueden ser encubiertas con facilidad; pertenecen al individuo, no al Estado; y, debido a su capacidad intrínseca para hacer daño, aumentan la posibilidad de víctimas mortales. Cuando se utiliza un arma de fuego, existe una mayor probabilidad de que la acción termine en homicidio. El poder que otorga un arma puede utilizarse para obtener algo sin necesidad de que haya un contacto físico que provoque lesiones. Aun así, las consecuencias de un desenlace fatal cuando se usan armas son cuatro veces más que cuando se usan armas blancas (Beltrán et al, 1998).

4. Las muertes por armas de fuego en una cultura de violencia

Hay cierto consenso en definir la violencia como el uso o amenaza de la fuerza física o psicológica, con la intención de hacer daño y como una forma de resolver los conflictos (Guerrero, 1997; McAlister, 1998; Tironi y Weinstein, 1990). Supone la existencia de un victimario o agente de la violencia, que puede ser militar, policía, civil, delincuente, integrante de pandilla, padres, jóvenes, niños, mujeres, etc. Además, supone la participación de una o más víctimas,

que son todas aquellas personas que reciben, padecen o sufren, en su persona o bienes, el efecto de la violencia. Por último, contiene un objetivo o finalidad de la acción violenta. Para el caso específico de El Salvador:

“La violencia es un fenómeno complejo, tanto en sus manifestaciones como en las razones que dan cuenta de él. La transición de la posguerra con sus carencias y limitaciones ha contribuido a generar un conjunto de circunstancias que alimentan la persistencia de una cultura de la violencia, a lo que hay que agregar el individualismo neoliberal, la circulación no controlada de armas, el abuso del alcohol, las drogas y la pobreza” (UCA, 1997: 24).

Bastante se ha escrito sobre la violencia en El Salvador. Desde los antiguos estudios que mostraban niveles extremadamente altos de violencia y homicidios por armas (Alvarenga, 1996), hasta las declaraciones de funcionarios y de la población apuntando que la violencia es el principal problema del país en la actualidad (PNUD, 2009). Un complejo terreno en donde interactúan la historia, la política y la cultura, está detrás de la violencia en El Salvador. Si bien el país inicia el camino hacia la consolidación democrática después de los Acuerdos de Paz en 1992, el progreso se ve amenazado por los alarmantes niveles de violencia social que se dan a partir de la década de los noventa. En toda esta violencia es donde las armas de fuego juegan un papel de gran relevancia:

“Una de las peculiaridades de una sociedad que acaba de atravesar una guerra civil, es la existencia de armamento ligero en manos de civiles y la consiguiente dificultad para controlar los procesos de desarme de la población. En el caso salvadoreño, estas circunstancias se conjugaron con otros elementos para dar paso a la exacerbación de la violencia de posguerra” (PNUD, 2003: 13).

Por otro lado, desde hace un tiempo que la comunidad internacional ha empezado a darse cuenta de las dimensio-

nes y los efectos devastadores que tiene la proliferación de armas de fuego. Naciones Unidas calcula que hay más de 500 millones de armas en circulación en el mundo, lo que representa un arma por cada doce personas en el planeta. Según el Consejo Nacional de Seguridad Pública de El Salvador, entre 1992 y 1998 se destruyeron más de 10 mil armas. A pesar de la medida, en el territorio nacional existen entre 450 y 500 mil armas, de las cuales sólo 220 mil han sido registradas legalmente (Ministerio de la Defensa Nacional, 2010).

Se debe tener claro que las armas de fuego no constituyen la causa original de la violencia que azota al país desde que se firmaron los Acuerdos de Paz, pero sin duda que una “cultura de porte de armas”² determina la frecuencia, la letalidad y las consecuencias que deja la violencia armada en las relaciones sociales de los salvadoreños. La violencia y su expresión más evidente, los homicidios, tienen causas más profundas y estructurales, que se ven favorecidas por una serie de circunstancias que facilitan su aparición y reproducción. Las armas de fuego en manos de los ciudadanos son parte de esas circunstancias, al igual que la pobreza, corrupción, hacinamiento y desigualdad que azotan a El Salvador.

Como se mencionó anteriormente, este análisis sobre las armas en El Salvador parte del supuesto de que éstas no sólo constituyen una amenaza para la sociedad, sino que sobre todo constituyen un riesgo para la salud pública de los ciudadanos, pues afectan de manera directa la salud e introducen un riesgo de mortalidad que de otra forma no existiría, constituyendo un peligro para los derechos de los ciudadanos. Esto supone la posibilidad de que una persona pueda imponer a otras personas condiciones que

vulneren su integridad como ser humano, además de otorgar poder para negarle el derecho más fundamental de todos, el de la vida:

“La violencia ejercida a través de las armas siempre tiene un resultado que compromete la salud de la persona y afecta sus posibilidades de supervivencia, luego de haber sido dañado por las mismas” (Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano, 2001: 123). Por esto es importante entender que no toda la violencia está asociada a las armas de fuego, pero el uso de un arma contra otra persona sí implica un acto de violencia. Durante décadas las armas han servido para eso, han contribuido a someter a muchos, a reivindicar los derechos propios pasando sobre los demás y para hacer valer las posiciones particulares sobre las colectivas.

Se debe dejar en claro que la violencia se puede abordar desde numerosas perspectivas. Este análisis privilegia su enfoque como construcción cultural. Es complejo dar explicaciones contundentes y únicas sobre su origen, sin embargo, a partir del análisis de la violencia podemos llegar a comprender mejor la formación de los códigos éticos que rigen la cultura de una sociedad como la salvadoreña.

La forma en que Durkheim (1967) entiende el concepto de cultura es pertinente para el contexto que aquí se analiza. Dentro de la teoría del sociólogo francés, el concepto de cultura es moral y ambos funcionan en un sentido muy similar, ya que la moral sería el espejo de la cultura, o sea, las fuerzas que cohesionan al individuo y la sociedad desde la perspectiva de la necesidad de integración social. Por tanto, cultura aparece como el conjunto de reglas y códigos compartidos que producen los rasgos estables de una sociedad y la coordinación de las acciones de los sujetos.

Sociedad y cultura, aunque analíticamente sean independientes, mantienen relaciones directas entre sí. Cada una de ellas puede explicarse en términos de la otra: a una so-

(2) Para dejar establecido la existencia de una “cultura de porte de armas”, no es preciso que los actores partícipes de estos valores den manifestaciones de violencia en todas las circunstancias. El sistema normativo prescribe que en determinadas circunstancias de interacción social, todos los miembros que comparten tal sistema de valores habrán de reaccionar con violencia armada.

ciudad (cultura) dada le corresponde siempre una cultura (sociedad) determinada. La experiencia común indica que las formas culturales sobreviven a sus marcos históricos de origen, por lo que la cultura no sólo refleja su contexto, sino que también la organiza, trasciende y transforma, tal como es el caso de El Salvador, en donde se manifiesta y reproduce una denominada “cultura de violencia”.

Si la violencia se sitúa como parte estructural de la cultura en El Salvador, entonces es posible hablar de una “cultura de violencia”. Este concepto inicialmente matizado por Martín-Baró (1983), y posteriormente desarrollado por Cruz (1997) y Huezco (2000), refiere al sistema de normas y valores sociales que acepta la violencia como elemento destacado en las pautas de relación entre las personas, “constituye una estructura de representaciones y actitudes que tienen como resultado un discurso a través del cual la violencia se reproduce” (Huezco, 2000: 119). Por ende, refiere al predominio del uso de la violencia como forma socialmente aceptada (moral) para relacionarse con los demás.

Sin embargo, se debe dejar en claro que sería erróneo interpretar la existencia de una cultura de violencia sólo por el hecho de que un país tenga elevados índices de homicidios. También sería un error asumir que por cultura de violencia se entiende que todos sus miembros son igualmente violentos. Más bien, se puede hablar de cultura de violencia cuando existe una norma social más o menos compartida que legitima su aparición y uso en la vida cotidiana de los individuos.

En El Salvador, la guerra civil determinó graves consecuencias para el desarrollo del país y para el respeto de la vida humana, exacerbando la ya existente cultura de violencia. En tal sentido, los Acuerdos de Paz que pusieron fin al enfrentamiento bélico resolvieron eficientemente las diferencias políticas que alimentaban el conflicto, pero no prepararon a la sociedad salvadoreña para resolver las

secuelas de la guerra. Es aquí donde se produce un desorden moral desde la perspectiva de Durkheim, siendo un peligro característico de las sociedades complejas, ya que los mismos factores que permitieron el fin del conflicto, comienzan a generar marginalidad, delincuencia e individuos armados.

La violencia practicada por generaciones ha estimulado una dinámica que, alimentada por otras situaciones del contexto, no sólo afecta a la sociedad en su conjunto, sino que permea la subjetividad convirtiendo a cada uno de los salvadoreños en agentes activos de su reproducción (González, 1997: 441). La violencia, sea ésta de carácter delinencial, social o político, es el producto de diversos factores que permiten su aparición y luego se retroalimentan, como la circulación ilegal de armas de guerra, la delincuencia común desencadenada por la falta de empleos, el aumento de la pobreza y exclusión social, las deficientes oportunidades de educación, entre otras características del contexto salvadoreño.

Aunque no se cuenta con estadísticas institucionales, no es extraño encontrar en las crónicas y en los relatos de la vida social salvadoreña previa al conflicto (Alvarenga, 1996; White, 1970), numerosas referencias a la frecuencia con la cual muchos poseían armas y las portaban en sus actividades cotidianas. Esto nos lleva a pensar en las armas de fuego dentro del ámbito cultural. Así, la aparente preferencia de muchos salvadoreños por el uso de las armas no sería una pauta de comportamiento reciente, sino que formaría parte de un sistema de valores en donde las armas son socialmente permitidas, aceptadas y, en cierto modo, admiradas. No debemos olvidar que la mayor parte de la violencia, independiente de cuál sea ésta (de ataque, de defensa, de control, de opresión, de liberación, de desagravio, etc.) ocurre en un contexto humano, tiene un valor social y requiere de una justificación. Esto es fundamental para comprender el por qué de la relación entre armas de fuego, violencia y cultura.

5. Conclusiones

La guerra que sacudió a El Salvador fue un fenómeno social envolvente y generalizado. A pesar de que no fue vivido con la misma intensidad por todos los salvadoreños, sus efectos se hicieron sentir en toda la población. Durante el conflicto bélico muchos civiles fueron víctimas o testigos de innumerables hechos de barbarie como muertes violentas, torturas, secuestros, desapariciones, así como de otros hechos que violentaban sus derechos. Según las evidencias recogidas sobre el período antes del conflicto, los salvadoreños ya tenían un conflicto serio de violencia. Todo lo anterior nos permite concluir que esta problemática no es nueva y no fue creada por la guerra, aunque ésta contribuyó enormemente a que la violencia se institucionalizara en el sistema de valores y normas que rigen de forma tácita las interacciones personales.

Al caracterizar la cultura que sustenta las interacciones sociales de los salvadoreños, es prácticamente imposible dejar de mencionar la violencia como vía a través de la cual los ciudadanos se han relacionado desde tiempos remotos. Esto es una cultura de violencia, que reproduce una forma de pensamiento que marca la relación de muchos salvadoreños y salvadoreñas con las armas de fuego, en donde su posesión garantiza supuestamente la capacidad de relacionarse con los demás de forma segura, además de otorgar un estatus de respeto y de poder con los demás (Bandeira, 2006).

Hace 20 años se firmaron los Acuerdos de Paz en El Salvador, sin embargo, actualmente mueren más salvadoreños y salvadoreñas por efecto de las armas de fuego que durante el conflicto armado interno. Los medios escritos, radiales y televisivos relatan las tragedias que viven las familias salvadoreñas efecto de las armas: desde niños alcanzados por balas perdidas; padres que no regresaron a casa porque una bala los asesinó; hijos que se quedan sin madre, etc. Del mismo modo, las estadísticas reflejan de

forma clara la incidencia cada vez mayor de las armas de fuego en hechos violentos.

Los datos expuestos en este trabajo, muestran que la mayor parte de los homicidios que se cometen en el país se llevan a cabo con armas. Las armas, antes de cualquier interpretación sobre su uso, son instrumentos para provocar daño y, en tal sentido, representan un riesgo para la integridad de las personas. Por tanto, el efecto negativo que tienen las armas sobre la sociedad y su desarrollo nunca ha sido cuestionado, sus impactos son múltiples y de naturaleza diversa:

El primero y básico, es la pérdida de vidas humanas y la multiplicación de casos de lesiones en la ciudadanía. Segundo, los conflictos armados obstaculizan el funcionamiento del Estado de Derecho y la provisión de servicios públicos a los ciudadanos, como el transporte, la salud y la educación. Tercero, la violencia compromete el crecimiento económico, destruye la infraestructura, los bienes individuales y colectivos, distancia a las personas de sus fuentes de trabajo, espanta las inversiones y los capitales extranjeros. En cuarto lugar, la violencia provoca numerosos desplazamientos de poblaciones que huyen de la misma. Estos cambios demográficos súbitos y forzados son catastróficos desde el punto de vista humano y económico.

La existencia de un sistema de normas que promueve y justifica la violencia como forma privilegiada de resolver conflictos, niega la posibilidad de construir una sociedad basada en el diálogo y en el respeto. Es por esto que resulta importante mencionar que en la prevención de la violencia están involucradas las autoridades políticas como eje conductor del proceso, las instituciones con una constante colaboración y la comunidad como personas que exigen y actúan en pro de asegurar sus derechos básicos, como lo es la seguridad ciudadana (Mockus, 2001). La participación de la sociedad es determinante para fomentar

una cultura de prevención del delito, ya que las posibilidades de éxito de los programas de seguridad dependen del apoyo ciudadano. Este es uno de los principales desafíos para los países latinoamericanos en la actualidad, que deben trabajar en conjunto por un continente menos violento y vulnerable.

Partiendo de la premisa de que la violencia en El Salvador es un problema arraigado en la estructura social, en la medida en que responde a la desigualdad y las brutalidades históricas sufridas por sus habitantes, el presente trabajo revela un contexto en el que la violencia se normaliza y en el que actualmente las preferencias por el uso de armas de fuego se legitiman, en tanto son parte de un todo coherente que utiliza estos instrumentos para la regulación de la convivencia, para hacer frente a las cotidianidades, para responder a las amenazas, defenderse de los criminales, en una palabra: conducirse frente a la vida.

Un país con cerca de medio millón de armas en manos de civiles no puede identificarse como un país pacífico, sobre todo cuando posee uno de los índices más elevados de violencia en el mundo y una población que se habituó a la cotidianeidad de la muerte. Salvadoreños y salvadoreñas son las principales víctimas en este contexto, ya que las muertes por armas de fuego no distinguen entre quienes las portan y aquellos hacia quienes va dirigida la munición, como tampoco discriminan entre jóvenes y niños, entre mujeres y hombres, o ciudadanos honrados y delincuentes. Las armas son un componente importante de una ética social de violencia, de una epidemia hasta ahora sin control.

Bibliografía

- Alvarenga, P. (1996) *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José, Costa Rica: Ed. Universitaria Centroamericana - EDUCA.
- Amaya, E. y Palmieri, G. (2000) Debilidad Institucional, Impunidad y Violencia. En: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. PNUD *Violencia en una sociedad en transición: ensayos*. San Salvador.
- Arendt, H. (1970) *Crisis de la República*. Madrid: Ed. Taurus.
- Bandeira, A. (2006) *Armas de fuego: ¿Protección? ¿O riesgo? Guía Práctica. Versión en español de Gabriel Conte. Foro Parlamentario sobre armas pequeñas y ligeras*. Río de Janeiro: Brasil.
- Beltran, M. et al. (1998) *Actitudes hacia la violencia interpersonal y tenencia de armas de fuego*. Tesis para optar al grado de licenciatura en Psicología, San Salvador: Departamento de Psicología UCA.
- Bourgois, P. (2001) The power of violence in war and peace: Post- Cold War lessons from El Salvador. *Ethnography*, Vol.2, 5-34. Disponible en <http://repositories.cdlib.org/postprints/705>.
- Cardenal, R (1996) *Manual de historia de Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Cruz, J. y Gonzalez, L. (1997) *Magnitud de la violencia en El Salvador*. San Salvador: Estudios Centroamericanos (ECA).
- Cruz, J. (1997) La cultura de la violencia como generadora de conflictos. En Seminario taller, *Los medios de comunicación la prevención de conflictos y la cultura de Paz*. UNESCO. San Salvador: El Salvador.
- Cruz, J. (2000) Violencia, democracia y cultura política en América Latina. *ECA*, 55(619), 511-526.
- Durkheim, E. (1967) *La División del Trabajo Social*. Buenos Aires: Shapiera Editores.
- G. Varela, G. & Corvera, J. (2006, 17 de mayo). Continúa imparable la racha de crímenes. *El diario de hoy*.
- IRAHETA, O. (2010,13 de julio). Asesinados 19 salvadoreños. *El diario de hoy*.
- Fundación arias para la paz y el progreso humano (2001) *El Arsenal Invisible: Armas Livianas y Seguridad Ciudadana en la Postguerra Centroamericana*. San José: Ed. Fundación Arias para la Paz y Progreso Humano.
- Gonzalez, L. (1997) El Salvador en la postguerra: de la violencia armada a la violencia social. *Realidad Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, n° 59.
- Guerrero, R. (1997) Prevención de la violencia a través del control de los factores de Riesgo. Trabajo presentado en la reunión *El Desafío de la Violencia Criminal Urbana*. Río de Janeiro, Brasil: Documento mimeografiado.
- Huezo, M. (2000) Cultura y violencia en El Salvador. En: PNUD *Violencia en una sociedad en transición. Ensayos*. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Dos heridos en ataque de bus. (1999, 25 de junio) *La prensa grafica*.
- Le Breton, D. (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Martin-baro, I. (1983) *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.

- Mcalister, A. (1998) *La violencia juvenil en las Américas: estudios innovadores de investigación, diagnóstico y prevención*. Washington D.C: Organización Panamericana de la Salud.
- Miranda, J. (2000) Psicología y violencia. En: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. PNUD *Violencia en una sociedad en transición: ensayos*. San Salvador: PNUD.
- Mockus, A. (2001) *Cultura ciudadana, programa contra la violencia en Santa Fe de Bogotá, Colombia*. Washington, D.C.: Publicaciones BID
- PNUD (2000) *Violencia en una sociedad en transición: ensayos*. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- PNUD (2003) *Armas de fuego y violencia*. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- PNUD (2009) *Informe Regional sobre Desarrollo Humano 2009/2010*. Bogotá: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Rattinoff, L. (1996) Delincuencia y paz ciudadana. En: *Hacia un enfoque de desarrollo: ética, violencia y seguridad ciudadana*. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Tironi, E. y Weinstein, E. (1990) *Personas y escenarios en la violencia colectiva*. Santiago: Ediciones Sur.
- OPS (1999) *Situación de salud en El Salvador. Indicadores básicos y seleccionados*, San Salvador: OPS-OMS.
- UCA (1997) La cultura de la violencia en El Salvador. La violencia y su magnitud, sus costos y los factores posibilitadores. *Estudios Centroamericanos*, n°588.
- UNODC (2007) *Crimen y desarrollo en Centroamérica. Atrapados en una encrucijada*. México D.F.: Oficina Contra la Droga y el Delito.
- White, A. (1970) *El Salvador*. San Salvador: UCA Editores.